

CONTINENTALISATION
Cahier de recherche 98-5
Novembre 1998

**¿Es posible una “identidad americana”
en el contexto de la integración económica?**

Ricardo Avila
Universidad de Guadalajara

**Groupe de recherche sur
l'intégration continentale**
Université du Québec à Montréal
Département de science politique
C.P. 8888, succ. Centre-ville, Montréal, H3C 3P8
<http://www.unites.uqam.ca/gric/>

¿Es posible una “identidad americana” en el contexto de la integración económica?

Ricardo Avila
Universidad de Guadalajara

A la memoria de Beatrice Van der Donckt

Contexto

La llamada “continentalización” de América no es un fenómeno reciente, aunque sí creciente. Por continentalización se entiende, en general, la profundización de la integración económica de los diversos países que forman el continente americano. Pero esta integración es relativamente nueva, data de los últimos quince o veinte años, a lo sumo. Antes de este periodo, las economías de los países del continente, al menos los latinoamericanos, estaban muy protegidas y vueltas sobre sí mismas.

La novedosa realidad geopolítica global, así como la nueva dinámica del capital, cuyas modalidades impulsan los grandes grupos financieros de los países centrales, han inducido a los Estados-nación del mundo entero a abrir sus economías y a hacer más permeables sus fronteras; se han integrado en bloques económicos. En América este fenómeno ha propiciado la aparición del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, entre otros.

Por otra parte, la “continentalización” también puede ser considerada como un proceso de intercambio creciente y caótico de información, imágenes y mensajes, que transitan libre y velozmente a través de los modernos medios de comunicación. Este fenómeno tendería a “acercar” —teóricamente— a los habitantes de América, quienes gracias a ello compartirían, cada vez más, nociones, conceptos y conocimientos, que les “integrarían”, de alguna manera, en un espacio geográfico, económico y cultural, común.

De las consideraciones anteriores se pueden desprender múltiples preguntas. Por ejemplo: ¿Cuáles son las implicaciones culturales de la integración económica continental? Es decir, esa

pregunta da por sentada la organización, en un futuro previsible, de una zona única —América completa— de libre comercio.

Este hecho tendría repercusiones en todos los ámbitos de la vida de las sociedades del continente, especialmente en el vasto y complejo ámbito de la cultura. Por ello, de la pregunta antes planteada se desprenden dos subsidiarias: dada la integración económica creciente, ¿podría aparecer un sentimiento unitario de “americanidad”, por encima de las historias y tradiciones culturales locales?; ¿surgirán imaginarios comunes y tal vez una “identidad americana”?

En las siguientes páginas trataré de hacer un esbozo interpretativo de ciertas características culturales y sociales de los pueblos americanos, marcando algunas pautas para intentar determinar si es previsible el surgimiento futuro de un sentimiento unitario de “americanidad” o, inclusive, de una “identidad americana” sólida.¹

Comenzaré mi exposición abordando ciertas cuestiones de orden teórico; luego confrontaré dos grandes mitos fundacionales que separan la mentalidad e identidad básica de los hombres de América del Norte y de Iberoamérica; más adelante señalaré tres hechos significativos, determinantes en la historia continental; enseguida discutiré dos diferencias culturales tangibles y los problemas que entraña la confrontación cultural de las dos Américas; y por último, trataré de hilvanar algunas conclusiones.

Enfoque teórico

Como la palabra cultura se ha convertido en término polisémico, es preciso imponerle uno específico, el de la interpretación antropológica. Desde este enfoque, la cultura comprende todo lo producido por el hombre y que le diferencia del resto de los animales. Los “productos culturales” permiten al hombre enfrentar a la naturaleza, organizar su vida en sociedad y representársela. Estos productos pueden ser clasificados en tangibles e intangibles, y en abstractos y concretos. La historia, las costumbres, las instituciones, los sistemas de ideas, los mitos o las representaciones sociales, son productos culturales abstractos pero tangibles. (Barros, 1990 : 90ss) La cultura

¹. Una versión un poco diferente de este trabajo fue leída durante los trabajos del coloquio. *La continentalización de América y el lugar de Canadá*, auspiciado por la Cátedra Raoul Dandurand de estudios estratégicos y diplomáticos, el Grupo de Investigación sobre la Integración Continental de la Universidad de Quebec en Montreal y la Fundación Canadiense para América, instituciones a quienes agradezco su amable invitación para asistir a ese evento. También deseo expresar mi agradecimiento a Pierre Van der Donckt, Jacques Vallée, Dorval Brunelle y Claude Morin, quienes me hicieron sugerentes observaciones para mejorar el texto.

también puede ser definida como la acción de pensar, de manera compleja y sofisticada, que sólo es privativa de la especie humana. La acción de pensar produce en la conciencia de los hombres visiones del mundo diversas, que a su vez les hace asumir actitudes y comportamientos diferenciados. En este sentido, si cada cultura produce en sus sujetos visiones del mundo y comportamientos concomitantes, éstos devienen en suerte de “bagaje cultural”. En este sentido, el llamado “imaginario colectivo” es un producto cultural, como lo es también la identidad, con los que “cargamos” durante toda nuestra existencia.

El imaginario colectivo puede ser definido como los “modos y técnicas de expresión, recuerdos, percepciones del tiempo y del espacio, imaginarias...” (Gruzinski, 1991 : 10) En el ámbito de lo imaginario, digámoslo así, se producen los ideales sociales, los paradigmas y las utopías. Los imaginarios de cualquier sociedad requieren de tiempo para formarse y consolidarse. Por ejemplo, una imagen clave del imaginario colectivo de los mexicanos, la Virgen de Guadalupe, no data de 500 años, como lo pretende la iglesia católica, sino que es mucho más antigua, proviene del proceso civilizatorio mesoamericano, que quizá cuente más 10,000. En efecto, la Virgen de Guadalupe, cotidianamente presente en el imaginario de los mexicanos y parte significativa de su identidad, es una transmutación cultural, ya que su antecesora directa es la idea-imagen de Tonantzin, diosa-madre de la tierra, tan venerada e importante para los antiguos mexicanos. Y pese a los avatares dispersantes de la vida moderna, ese ícono no se ha ni degradado, está claramente presente en el imaginario de los mexicanos y les es útil como símbolo y emblema de identidad. Esa imagen-ícono es tan fuerte en la conciencia de los mexicanos, que los medios comunicativos se han adaptado a su fuerza ideológica y han contribuido a potenciarla.

Por otra parte, la identidad no sólo se sustenta en las prácticas cotidianas, sino también en formas culturales no concretas pero tangibles. Puede definirse como las ideas y

representaciones públicas que hacen idénticos [...] a un grupo determinado de individuos que comparte un territorio, una historia y una cultura específicos [...] Es una ‘argamasa invisible’ que aglutina puntualmente y da coherencia a la vida de los pueblos: les provoca [sentido] de pertenencia, [...] de diferencia respecto de los otros... (Avila, 1993 : 19-20)

Las identidades sociales están ancladas —por así decir— en la profundidad de la historia, la imaginación y la mitología de los pueblos, pero también se crean a partir de nexos de pertenencia e identificación inmediatos. Los hechos de la vida cotidiana, las imágenes y emblemas,

las ideas, pero sobre todo los intereses comunes, propician y dinamizan las identidades. Esto mueve a los sujetos sociales a conjugar sus acciones individuales, trocándolas en colectivas, las cuales se expresan en el espacio público, en *la res pública*. (Avila, 1990 : 19-20)

Notas sobre dos mitos fundacionales americanos

La compleja e intrincada historia cultural de América ha producido innumerables imágenes, mitos, utopías, tradiciones, costumbres y aún sistemas de ideas de notable coherencia. Asimismo, la dinámica de las sociedades americanas ha posibilitado la construcción de identidades grupales, algunas de las cuales han puesto en marcha voluntades de acción colectiva que han contribuido a la transformación social.

Los grandes componentes étnicos y culturales de América son tres: el indígena, el europeo y el africano. Sin embargo, aquí se discutirá, de manera circunscrita, la cultura hegemónica en América, es decir la de origen europeo, que a partir del siglo XVI se dividió en dos grandes ramas: latino-católica y anglosajona protestante. Trasladadas a América, estas ramas impusieron sus principales rasgos culturales ahí donde fueron transplantadas. Su reproducción y florecimiento al norte y al sur del continente, ha dado como resultado, en general, dos maneras de ver la realidad y comportarse frente a ella, lo cual ha sido objeto de más desencuentros que de convergencias entre unos y otros americanos.

Si observamos con atención la historia y la cultura de la América de origen europeo, podemos establecer un mapa compuesto y dividido por dos matrices ideológicas cuyo origen es común: la tradición judeo-cristiana de Occidente. Estados Unidos de Norteamérica y el Canadá centro-occidental, pertenecen al ámbito cultural anglosajón protestante y su vehículo de comunicación es el inglés. La llamada América Latina y Quebec, pertenecen al ámbito cultural latino-católico, y sus medios de comunicación son el español y el francés, respectivamente, además del portugués que se habla en Brasil.

A lo largo cinco siglos, desde que los europeos llegaron a América e importaron sus diferencias ideológicas, se han ido estructurando los mitos, imaginarios e identidades básicos, que sustentan los ámbitos culturales referidos. Éstos tienen una territorialidad tangible —aunque no estática— en la carta geográfica continental.

* * *

Desde los primeros años de la colonización europea en Norteamérica, sobre todo la comprendida en los Estados Unidos, los migrantes organizaron su vida de acuerdo a los cánones de una comunidad de hombres ordenada según la voluntad de Dios y las exigencias de la conciencia puritana. Desde entonces política y moral están estrechamente ligadas en la mentalidad de los descendientes de los Padres Peregrinos. (Cabau, 1981 : 14) Su imagen del mundo quedó determinada por la eterna lucha entre el bien y el mal. Esta imagen es evidente en la literatura, la cinematografía, la actitud frente al alcohol y las drogas, y aun en la concepción de la política. De cara a esta lucha, los norteamericanos de raíz protestante vuelcan sus imaginarios en el *happy ending*, porque en su mentalidad el bien siempre termina por imponerse al mal. Y esta imagen, a través de la cual miran todo lo que sucede en el mundo, no es hipócrita —hay que reconocerlo—, es una convicción profunda, sólo que es irreal. (Cabau, 1981 : 27) No todo en la vida termina bien.

Este mito fundacional del imaginario norteamericano de raíz anglosajona, está ligado a otro de primer orden: el de la frontera.

En efecto, el inmenso territorio a conquistar permitió la concreción de muchas ilusiones del hombre blanco, libre y solitario, y echó las bases de la pujante economía norteamericana. Aquí vale la pena citar *in extenso* al agudo crítico literario Jean Cabau:

La frontera son las tierras vírgenes de la inocencia y del paraíso perdido, la imagen de la civilización pastoral idílica, por oposición al universo urbano. Es la garantía de la pureza que lava a Norteamérica de sus pecados, del capitalismo, de la industrialización, de sus ciudades inhumanas. Es la Tierra Prometida, donde la ausencia de murallas y la inmensidad misma proclaman la bondad, la generosidad y libertad de los grandes hombres blancos. Es el término del viaje de Bougainville, donde la utopía se realiza, donde el hombre blanco deviene “buen salvaje”, como se soñaba en el siglo de las Luces. Es la imagen soñada que se hace de sí mismo ese país nacido durante la edad de la razón, nacido del ideal de una sociedad perfecta, de todas las utopías que produce el optimismo norteamericano. (1981 : 19)

El mito de la frontera propició la aparición de un optimismo ingenuo, siempre presente en la mentalidad norteamericana. Este optimismo, “congénito” al imaginario cultural de esa sociedad, ha devenido distintivo emblemático de las grandes empresas norteamericanas, como la conquista de nuevas fronteras, tanto económicas como ideológicas. Se trata de fronteras logradas a veces de manera impositiva —en América Latina sobran ejemplos—, a veces en forma ideológica, como la de las drogas —excéntrica, peligrosa, destructiva—, la cual ha sido llevada a extremos inauditos en Estados Unidos, quizá como en ninguna otra parte del planeta.

Cuando la frontera llegó a su fin, al borde del Océano Pacífico, pero sobre todo cuando el liberalismo exacerbado de la economía de mercado desató, en octubre de 1929, a los demonios de la recesión, la pobreza, la marginación, el hambre, las enfermedades y demás lacras sociales, el eterno optimismo norteamericano experimentó sus límites. (Cabau, 1981 : 56-61) En lo sucesivo el imaginario optimista de los ciudadanos de Estados Unidos tuvo que convivir con angustias y miedos provocados por las amenazas externas e internas; quizá reales algunas de ellas, imaginarias la mayoría. Se trata de amenazas que acosan e intimidan la seguridad de un imaginario colectivo sustentado en los paradigmas del individualismo solitario y de la libertad de la propiedad privada a ultranza.

* * *

Además de la ambigüedad, frondosidad y simulación que caracterizan a la mentalidad de raíz latina, donde coexisten en una sola entidad el bien y el mal —con tanta preponderancia el uno como el otro—, la mentalidad de los iberoamericanos también se formó con los ingredientes culturales aportados por los indígenas y los africanos, con quienes los europeos católicos no tuvieron problema para mezclarse, lo que, por cierto, no hicieron oficialmente los emigrantes de origen protestante. Así surgieron diversas formas culturales e imaginarios en distintas regiones de América meridional, cuyos distintivos fueron marcados profundamente por el mestizaje y el sincretismo. Las sociedades que desarrollaron estas formas de pensamiento estuvieron muy aisladas hasta los albores del siglo XIX, cuando se desmoronó la hegemonía que sobre ellas ejercía el decadente imperio español. Hasta entonces no había nada que las uniera, salvo sus similares nexos con la Metropoli y relaciones comerciales puntuales. La idea de América Latina como ente unitario todavía no nacía.

Quienes han intentado definir y delimitar la etérea y escurridiza idea de “latinoamericanidad” no han logrado hacerlo satisfactoriamente. Se ha definido, sí, a América Latina como un territorio enorme, donde operaron una serie de economías, más bien aisladas, que tuvieron como origen el enclave.² Hay acuerdo también en el sentido de que el subcontinente está constituido por una serie de sociedades unidas por una lengua mayoritaria, el español, compartiendo, además, varios rasgos culturales propios de la historia y la matriz cultural latino-católica. (Ribeiro, 1978 : 15-16)

Eso que se ha llamado “latinoamericanidad”, podría ser considerado un rasgo puntual de la identidad de los pueblos de Iberoamérica. Este rasgo de identidad está ligado a la utopía de numerosos americanos meridionales, cuyo precursor fue Simón Bolívar. Y aunque la “latinoamericanidad” ha concernido sobre todo a las élites ilustradas del subcontinente, no tanto a sus masas, terminó por convertirse en un mito fundacional y es parte del imaginario colectivo de sectores importantes de los pueblos latinoamericanos.

Como se sabe, Bolívar y otros muchos instruidos de las colonias españolas, inspirados por el movimiento de Ilustración, motivados por el paradigma de la modernidad política, (Guerra, 1988 : 22-23) y devotos de un destino común, impulsaron la independencia política de las diversas regiones de la América española. Creyeron que así se vencería la miseria de las masas, su marginación e ignorancia, y se superaría el atraso general de la economía, así como las anacrónicas formas políticas y sociales. Imaginaron la redención de los pueblos del “Nuevo Mundo”. Y aunque reconocían diferencias regionales y obstáculos políticos serios Bolívar y *a láteres* concibieron en sus mentes un futuro común para la América Meridional. (Bolívar, 1978 : 9-32)

Se conoce el destino de Bolívar y se sabe que su utopía no se ha realizado. Sin embargo, muchos otros americanos meridionales después del “Libertador”, desde Francisco de Bilbao, hasta Ernesto *Che* Guevara, pasando por José Martí, José Vasconcelos o José Carlos Mariátegui, han hecho propuestas —algunos incluso han ofrendado sus vidas— para hacer realidad el “ideal

² La dinámica económica y las formas culturales que florecieron en América Latina, antes y después de 1492, delinearon al menos cinco grandes regiones. Por una parte hay que contar a México y la región andina, cuyo núcleo es el Perú, donde el elemento indígena tiene mucho peso. Otra región estaría formada por América Central y el área del Caribe, muy extensa y dispersa. Luego hay que señalar la región del Brasil, un continente en sí mismo; y finalmente el llamado “cono sur”, integrado por Argentina, Chile y Uruguay, cuya población es básicamente de origen europeo, sobre todo en las áreas urbanas que son las de mayor densidad. Hay otros espacios que forman regiones menores y periféricas, como el de Paraguay, donde el elemento étnico *guaraní* ha sido dominante. Pero estas pequeñas regiones en realidad son subsidiarias de las grandes, antes mencionadas.

latinoamericano”, en cuya imagen está plasmada la redención de las masas envilecidas y la necesidad de construir, a lo largo del subcontinente, una moral diferente de la del “individualismo yankee”; donde además se ponga en marcha una era de libertad, soberanía y fraternidad. (Bilbao, 1978:35)

La idea de la “latinoamericanidad” —luego mito fundacional— tuvo un impulso definitivo y ganó coherencia ideológica gracias a las tesis de Michel Chevalier, un cercano consejero de Napoleón III. Chevalier argumentaba, a mediados del siglo XIX y en el contexto del debate geopolítico de la época —en cuyo centro se encontraba la Europa restaurada y su renovada expansión— la existencia de tres mundos culturales: el eslavo, el anglosajón y el latino. Asimismo, reconocía la supremacía anglosajona en el ámbito de la cultura material, pero ponderaba la superioridad espiritual de la cultura de raíz católica, la cual era capaz de cimentar “... cualquier grado de unidad que existiera en el mundo latino.” (Phelan, 1979 : 3-5, 18) Como se sabe, la realidad demostró que el paradigma no funcionó en los mundos culturales indígena y mestizo, mayoritarios en la América meridional.

Los argumentos de Chevalier justificaron la aventura expansionista americana de Napoleón III, pero sobre todo fueron útiles, a partir de entonces, para sustentar el mito de la unidad y destino común de las naciones de la llamada América Latina.

* * *

Se pueden contar otros mitos fundacionales en la historia de América, al norte y al sur, pero para este texto los dos mencionados muestran en forma meridiana diferenciar culturales y políticas profundas. Estos dos mitos fundacionales han sido fuente inagotable de visiones divergentes y comportamientos opuestos entre los norteamericanos y los latinoamericanos.

Dos diferencias culturales tangibles

Más allá de los mitos fundacionales que en sí mismos propician y recrean distintas visiones de la realidad, existen otros rasgos culturales que marcan, de manera palmaria, significativas diferencias entre los americanos al norte y sur del Río Bravo. Uno de ellos es la concepción del derecho y su aplicación.

En efecto, mientras que para los angloamericanos la ley reside en el derecho común, de gentes, no escrito, para los latinoamericanos el derecho es, antes que nada, una representación

abstracta debidamente codificada en un texto. Se trata de una concepción radicalmente diferente de la manera de concebir el derecho, no es una diferencia cultural menor. Para unos hay necesidad de visualizar el derecho por medio de un código preestablecido, no sólo a través de la experiencia judicial acumulada. En América Latina el derecho funciona gracias a marcos jurídicos abstractos previamente instituidos y escritos, como el código napoleónico, que sigue siendo la piedra angular del derecho de los países del subcontinente. En Norteamérica, por el contrario, no hay marco jurídico abstracto y previo, sino sólo escritos judiciales, que constituyen el precedente. La esencia de esta concepción del derecho está en el *common law*.

Cuando angloamericanos y latinoamericanos se confrontan en el terreno del derecho surgen al menos un par de preguntas clave: ¿quién hace la ley?, y ¿dónde está su fuente de legitimidad?

Otra diferencia cultural cualitativa es la percepción que tienen del tiempo angloamericanos y latinoamericanos. En efecto, mientras que los primeros hacen tabla rasa del pasado, enfrentando la realidad presente de manera pragmática, los segundos afrontan el tiempo con pausa, sin prisa, dando a sus actividades la parsimonia que implica pensar las cosas con la perspectiva del pasado. Esta diferencia no sólo es una cuestión de cadencia o ritmo, es sobre todo una cuestión cognocitiva, una visión del mundo. Esta visión está en relación, al menos en parte, con la perspectiva espiritual de la que hablaba M. Chevalier. Los antepasados, los hechos pretéritos o la memoria, están constantemente presentes en la perspectiva del quehacer cotidiano de los latinoamericanos. Se trata de una suerte de conciencia de pertenencia a una profundidad histórica irrecusable y a una densidad cultural a la que no se puede renunciar.

Por el contrario, para los angloamericanos no es perentoria una conciencia con profundidad histórica, no es una necesidad esencial para la vida cotidiana; el empirismo inmediato es el criterio del ser y del deber ser. Para sacarle provecho al tiempo —perspectiva del dividendo por delante—, hay que dejar de lado las abstractas consideraciones sobre los sucesos del pasado; lo que importa es el aquí y ahora, y más si se trata de la obtención de beneficios inmediatos.

Tres antecedentes para una historiografía de la “americanidad”

Sin duda existen quienes piensan que los mitos, las imágenes, el derecho o la percepción del tiempo, en tanto que productos culturales abstractos, arraigados a la mentalidad de la gente, no

son posturas esenciales u obstáculos para el establecimiento de coincidencias y acciones comunes de cara a la llamada continentalización. Pero por encima de productos culturales abstractos, existen hechos históricos concretos e irrecusables que han marcado la conciencia de los pueblos involucrados en la historia del continente. Estos hechos han abierto aún más la brecha social y política que separa a los americanos del norte y del sur.

Primero.- Dado que el Estado nacional se desenvuelve primero en Norteamérica y se fortalece gracias al modelo de desarrollo económico puesto en marcha, se dan las condiciones para la expansión nacional de los Estados Unidos. Esta expansión encuentra al Sur un vacío, debido a la descomposición y desarticulación del sistema colonial español. Esto y la imagen de la frontera, residente en el imaginario de los ciudadanos de la nueva nación, se condensan y sintetizan en la famosa y premonitrice frase expresada por el Presidente Monroe: “América para los americanos”.

Desde esta perspectiva, el expansionismo norteamericano sobre el resto del continente dio inicio aun antes de que comenzara la integración económica moderna del continente, que para efectos historiográficos podría fecharse al término de la Guerra Civil de los Estados Unidos. Por lo demás, la imagen que creó la frase de Monroe en la conciencia de los norteamericanos fue tan contundente y convincente para sí mismos, que aún hoy —y quizá por ello de manera más inconsciente—, éstos producen emblemas y mensajes que proyectan actitudes que les hacen sentir y comportarse como los únicos americanos que habitan el continente. Un botón de muestra: el título del programa noticioso cotidiano de la cadena televisiva *abc*, “*Good Morning America*”, que se transmite cotidianamente en todo el país.

Segundo.- Desde los albores del siglo pasado, a lo largo del continente los angloamericanos han desplegado una diplomacia muy agresiva para imponer sus intereses. Esta diplomacia expansionista arrebató a México la mitad de su territorio, intervino en asuntos interiores de diversos países del Caribe, Centro y Sudamérica, y estableció protectorados. Luego, consolidada la hegemonía económica y política planetaria de los Estados Unidos, lograda después de la Segunda Guerra Mundial, su diplomacia intervencionista se tornó cínica y contundente en América Latina: por un lado complació a los gobiernos alineados, por otro, puso en marcha la política del *big stick* en contra de los contestatarios.

Tercero.- En su relación con los latinoamericanos, los angloamericanos se han manejado a través de una doble moral público-política, la cual se expresa de diversas maneras. Por ejemplo:

declaran —*urbi et orbi*— ser los paladines de la democracia, pero al mismo tiempo aceptan implícitamente el autoritarismo y la corrupción de los gobiernos latinoamericanos, especialmente si éstos coinciden con sus intereses. Asimismo, no deja de sorprender la ligereza y suavidad con la que se trata a los grandes jefes de la droga en su país, donde por cierto sigue aumentando el consumo, mientras que extreman presiones sobre narcotraficantes y gobiernos latinoamericanos. Al respecto, alguna vez se preguntó al secretario norteamericano de estado por qué los Estados Unidos promovían esta ambigua y desconcertante diplomacia, de cara a los países amigos de América Latina, a lo cual Foster Dulles respondió arrogante: “¡Los Estados Unidos no tienen amigos; tienen intereses!”

Amén de las diferencias históricas y socio-culturales entre angloamericanos y latinoamericanos, los ejemplos de “americanidad” arriba mencionados y muchos más, de los cuales está llena la historia continental, se han ido acumulando en la memoria y el imaginario de millones de latinoamericanos, lo que ha ayudado a moldear una identidad antagonista (Devereux, 1975 : 209-210) que separa a las Américas del Norte y del Sur, y que no será fácil erradicar.

Confrontaciones culturales y sociales

El proceso de integración económica americana es sólo una parte de la integración económica mundial. Desde la perspectiva histórica, no se trata de un fenómeno reciente, comenzó hace medio milenio, cuando los europeos conquistaron y colonizaron este continente. Lo que hoy la moda llama integración continental o continentalización, es un paso adicional —profundo por sus implicaciones y agresivo por las formas dramáticas que adoptan las transferencias de valor de la periferia al centro— en el desarrollo del sistema capitalista, que tiende a anular las fronteras nacionales.

Pero la “integración global”, como se sabe, no sólo concierne a los procesos económicos, sino también y de manera significativa a los procesos comunicativos. La circulación de información, símbolos, nociones e imágenes, que vinculan —gracias a los medios electrónicos, sobre todo la televisión— a miles de millones de personas en las cuatro esquinas del planeta, son la representación más clara de ese fenómeno. Pero la llamada globalización comunicativa, como la económica, no es homogénea, ni actúa necesariamente en el sentido de la integración, como algunos pretenden.

En efecto, este fenómeno está causando en muchas lugares reacciones opuestas a la tendencia homogeneizante pretendida por los centros emisores hegemónicos. La globalización comunicativa se enfrenta a dos elementos básicos de la organización social humana: su gregarismo estructural y su necesidad de seguridad territorial.³ Esto explica el surgimiento de movimientos sociales que reivindican posturas sociales y políticas sustentadas en el imaginario histórico-cultural. Estos movimientos, que toman cuerpo en el espacio de la *res pública*, utilizan y manipulan imágenes, símbolos, ideas o emblemas, cuyo mensaje discorda con los de tipo dominante.

A la hora de la globalización resurgen y se manifiestan imaginarios e identidades grupales de envergadura local, regional o nacional, que van en contrario o de plano niegan el sentido de los mensajes de la cultura hegemónica que se transmiten instantáneamente por los medios electrónicos. En los países latinoamericanos y periféricos, en general, la popularización de tecnologías para la comunicación, como el video y el audio, desde hace buen tiempo crean productos mediáticos alternativos y/o disidentes. Dos ejemplos claros de esto son: primero, el cine —de calidad mediocre, podrían argumentar los entendidos, pero alternativo— que producen y promueven diversas etnias, más o menos agrupadas en el emergente movimiento indígena continental; segundo, la página electrónica que patrocina el Ejército Zapatista de Liberación Nacional que opera en el estado de Chiapas, al sur de México.

* * *

Los mensajes e imágenes que transmiten los medios electrónicos hegemónicos no dejan de ser virtuales; poco o nada tienen que ver con la realidad cotidiana de la inmensa mayoría de la población de los países periféricos, como los de América Latina, que los miran todos los días. Habría que preguntarse cómo influyen las noticias e imágenes “globales” emitidas cotidianamente por las grandes cadenas televisivas, en la mentalidad de los *gauchos* argentinos, los *chilangos* mexicanos, los *rotos* chilenos o los transculturalizados *cunas* panameños; cómo influyen aquéllas en sus imaginarios y cómo actúan —si lo hacen— en un pretendido sentido de integración continental. La moda parisina, los avatares de la bolsa neoyorkina, los logros tecnológicos de las empresas japonesas, y hasta la muerte de la Princesa de Gales —con todo y su carga de histeria

³. La especie *Homo* es gregaria y, como todas las demás, necesita sentir la seguridad que otorga el arraigo a y el control —así sea simbólico— sobre un determinado territorio.

colectiva—, son, de hecho, eventos muy alejados de la conciencia y realidad tangible e inmediata de los receptores de América Latina, por ejemplo. La mayoría de esos eventos resultan inocuos o, más bien, como han señalado numerosos especialistas, terminan por transformarse en mensajes alienantes, reproductores de fragmentos de ideología mediocre y nulificadores de cualquier tipo de crítica social.⁴ El *marketing* crea identidades efímeras. En este contexto no deben ser muchas las imágenes y mensajes útiles para crear imaginarios e identidades capaces de establecer puentes que aproximen a mundos culturales y conceptuales tan diferentes como son el anglo y el latinoamericano, tanto más en la medida en que sus diferencias materiales son abismales.

Aun así, se puede reconocer cierta amalgamación —digamos— de imágenes y mensajes, que crean algunas identificaciones culturales entre individuos y grupos de las sociedades del norte y del sur de América. Sin embargo, me parece más apropiado hablar de yuxtaposición que de amalgamación. Y justamente por su carácter yuxtapuesto y por la distancia existente entre realidad y virtualidad, ese universo de información y mensajes fragmentados provoca la pulverización de las verdades sociales. Tal atomización de universos cognitivos tiende a funcionar en sentido centrífugo.

Inclusive con esta amalgamación, si se observan con cuidado los productos mediáticos de las dos Américas, se percibirá en sus estructuras que se siguen reproduciendo los paradigmas propios de sus matrices culturales básicas. En efecto, los productos mediáticos norteamericanos siguen conquistando fronteras y haciendo triunfar al bien sobre el mal, como lo marca la tradición angloamericana protestante; piénsese en las sagas de *Indiana Jones* y *Rambo*. Mientras que en los productos similares concebidos en las sociedades latinoamericanas, los patrones culturales que se reproducen son los propios de la tradición cultural latino-católica, es decir frondosidad, simulación, ambigüedad y fatalismo; piénsese en las telenovelas mexicanas.

Pero no todo son diferencias entre el sur y el norte de América. Hay una gran coincidencia que vale la pena apuntar aquí, y que sí identifica a los americanos de todo el continente. Se trata de la crisis de realismo por la que atraviesan los paradigmas ideológicos de ambos universos culturales, aunque quizá se trate de un fenómeno global. Así, mientras los norteamericanos se escapan de la realidad por medio de “nuevas” y virtuales fronteras, los latinoamericanos seguimos evadiéndonos de ella, esperando la concreción de milagros que, por supuesto, nunca se hacen

⁴ La cuestión de la fragmentación-atomización conceptual e ideológica, desde hace tiempo se examina desde

realidad, como tampoco se concretan las realidades virtuales. Esto sin contar las crisis del *logos* occidental y de la ideología del progreso —paulatinamente más evidentes y dramáticas—, las cuales día a día van dejando sin alternativas a más personas, alternativas no sólo materiales sino también ideológicas. (Mattelart, 1996 : 24)

Por lo demás, y para asegurar el sueño de los angloamericanos —aunque sólo sea parcialmente—, podemos aceptar, no sin reservas, lo que señala un conocido estratega norteamericano, en el sentido de que los previsibles y escabrosos escenarios del milenio que ya comienza, no indican fuertes conflictos político-culturales en la zona de falla que separa a las dos grandes regiones culturales de América, mientras que es casi inevitable que las haya en otras áreas del planeta. (Huntington, 1993 : 42-43) Aunque nunca se sabe...

* * *

La historia moderna de la humanidad reporta varios proyectos de integración continental, por medio de los cuales las élites de algunos centros de poder intentaron controlar grandes territorios, unir naciones diversas, homogenizar procesos sociales y establecer culturas únicas. Cito dos de ellos: el pan-eslavismo y el pan-induismo. Como se sabe, en forma inesperada estos proyectos se desplomaron. Algunos pueblos de esas regiones que no coincidieron con las visiones del orden social promovidas por los centros de poder hegemónicos, se dieron a la tarea de rescatar y dinamizar imaginarios e identidades propios, algunos de los cuales se creían desaparecidos, y contribuyeron sustancialmente a romper los bloques pan-nacionales que se cernían sobre ellos.

En América, más allá de la integración de *facto*, al menos ha habido un ensayo de integración continental, más o menos disfrazado, cuyo instrumento operador es hoy una estructura anacrónica: la Organización de Estados Americanos. Ese aparato, hay que decirlo, vehiculó un pan-americanismo impulsado desde Washington, que no sólo promovía una democracia *sui generis*, sino intereses materiales específicos. El pan-americanismo de los años cincuenta y sesenta ha dejado su lugar a las nuevas condiciones globales, propiciadoras de renovadas iniciativas para formalizar o refuncionalizar integraciones económicas ya existentes.

En este nuevo escenario surge el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica. Ese tratado es un acuerdo entre países muy distintos, tanto en el ámbito económico como en el cultural. Los ideólogos y promotores del TLC nunca hablaron de formas de integración alternativas o

complementarias para las naciones involucradas, sólo discutieron las condiciones más propicias para incrementar el comercio. Así, el poderoso se beneficia más del acuerdo y tiene la prerrogativa de romper las reglas mismas del tratado, como lo tuvo que reconocer públicamente el ministro de comercio mexicano —hecho inaudito en ese país—, en el sentido de que los norteamericanos habían violado el TLC en varios rubros. (La Jornada, 1997/09/26) Bajo esta lógica de potencia, es sabido que los agentes gubernamentales norteamericanos constantemente realizan acciones para romper los bloques comerciales que no son de su interés, como el Mercosur. (La Jornada, 1997/09/26)

Acorde con su expansivo optimismo comercial, Estados Unidos mantiene políticas excluyentes e inequitativas con sus socios y vecinos, como todo mundo sabe. Obviamente, estas políticas en poco o nada ayudan a imaginar e identificar objetivos sociales y culturales que desarrollen, digamos, un espíritu comunitario entre las naciones del continente; y no puede haber espíritu comunitario con hechos como el mantenimiento de la ignominiosa política migratoria norteamericana —no exenta de tintes xenofóbicos— contra los trabajadores mexicanos, cuya fuerza laboral, por cierto, ha ayudado significativamente, y lo sigue haciendo, a incrementar la riqueza de muchas áreas de la Unión Americana. En el mismo tono, se pueden mencionar varios ejemplos de política “anti-continental” norteamericana. Recuérdese la cruzada intervencionista contra Cuba que ya dura décadas. Piénsese también el apoyo a los militares latinoamericanos, que en nombre de la democracia desplegaron una guerra sucia contra sus propios pueblos. Piénsese también en la doble moral pública de las élites políticas y económicas de Estados Unidos respecto del grave, aunque rentable, problema del narcotráfico.

En tales condiciones no deben sorprender, no sólo la recreación de identidades antagonistas, sino las movilizaciones y eventuales explosiones sociales en los países iberoamericanos.

Pero no hay que equivocarse, lo significativo de las diferencias materiales concretas entre América del Norte y América Latina, no es sólo el mantenimiento de los negocios internacionales inequitativos —“integración” como hoy se le llama—, ni tampoco el modelo neoliberal de acumulación de riqueza —que por cierto los economistas serios llaman con mayor propiedad “protoliberal”—, sino el crítico problema de la deuda externa de los países latinoamericanos: mientras ésta no se resuelva, las desigualdades materiales y las identificaciones antagonistas entre

los unos y los otros seguirán presentes y tal vez se agudicen. Y en este brete hay una enorme responsabilidad, tanto de acreedores como de acreditados.

Hay que señalar también que otra limitación que impide la construcción y manipulación de imaginarios e identidades comunes, consiste en que las élites económicas y políticas latinoamericanas, no necesariamente se plantean proyectos sociales y de nación propios, como lo desean muchos de sus ciudadanos y numerosos intelectuales de la región. (Zea, 1978 : 5-18) Más bien, a lo largo de su historia, las élites de América Latina, en lo general, han estado mirando allende sus fronteras, hacia Europa o Estados Unidos, cuyos modelos sociales han deseado e intentado imitar. Prácticamente nunca han concebido y puesto en marcha modelos propios de desarrollo que integren a las masas de sus naciones, como sí lo hizo la élite japonesa con la Reforma Meiji, cuyo resultado todos conocemos. En consecuencia, dado que las élites latinoamericanas, sobre todo las que controlan los medios económicos, están al margen de las masas de sus países, se podría decir que las sociedades de ese subcontinente, no quieren abrirse a la historia. (Lévi-Strauss, 1983 : 162) Vueltas sobre sí mismas, las élites no están dispuestas a calcular el futuro, como aparentemente lo pretenderían ahora por medio de la integración económica, pues básicamente lo hacen desde la óptica de sus más miopes e inmediatos intereses. Esta es una limitante adicional para crear una identidad continental.

Por los demás, si bien es cierto que para los pueblos de los países latinoamericanos el político es un escenario bizarro, corrupto y lejano, bien saben que los modelos de desarrollo que hoy les imponen sus élites son excluyentes, impopulares y funcionan en un clima de corrupción generalizada y represión selectiva contra quienes los impugnan. (Siglo 21, 1997/07/21)

En este contexto, pese a la historia trágica y a veces sectaria de las élites contestatarias latinoamericanas, desde Bolívar hasta el Che Guevara, la idea e imágenes de la necesaria redención de los países del subcontinente seguirán vigentes. Ese imaginario “latinoamericanista”, por más utópico que sea, seguirá recreando un vínculo de identidad entre los “latinoamericanos”, que continuará oponiéndoles a los norteamericanos. En este sentido, si los que promueven la “continentalización” piensan en la posibilidad de una generación espontánea de imaginarios e identidades compartidas a lo largo de toda América, propiciadas por la integración económica, no deberían olvidar estas condiciones histórico-culturales y políticas.

La búsqueda de una posible conjunción de imaginarios e identidades a lo largo del continente tendría que pasar, *a fortiori*, por la erradicación del hambre y la marginación social en el subcontinente. Dicho de otra manera, las sociedades de los países latinoamericanos todavía deben transitar por la resolución de ciertas tareas nacionales.⁵ Especialmente, habría que poner en marcha reformas educativas serias y profundas, que incluyeran un prolongado y significativo debate cultural, hacia dentro y hacia fuera, que abordara, además, la historia común y la posibilidad de un futuro compartido con los vecinos del Norte.⁶ Debate cuyo núcleo tendría que ser la formulación de un proyecto continental inclusivo, equitativo y respetuoso de las diversidades sociales, étnicas o nacionales. En este debate el papel de las élites ilustradas tendría que ser crucial.

Si bien es cierto que las mentalidades, los imaginarios y las identidades, son productos culturales que están presentes de manera conciente o inconsciente en la cabeza de la gente, y son manipulables, también es cierto que —y en ello la historia es pródiga en ejemplos— los pueblos son manipulables sólo cierto tiempo. Cuando realizan la manipulación de que son objeto adoptan, actitudes de distancia o de resistencia, lo que provoca disfunciones en los sistemas sociales.

En este punto vale la pena recordar que en Europa se ha puesto en marcha un debate y un proyecto de integración continental que mantiene optimistas a millones en aquél continente. Y ese debate, hay que decirlo, fue impulsado por visionarios extraordinarios como Robert Schumann, Jean Monet y muchos otros, lo que demuestra que las élites han jugado y lo pueden seguir haciendo, un papel fundamental en la construcción de proyectos novedosos, comunes e inclusivos, capaces de crear o re-crear imaginarios e identidades convergentes, no antagonistas.⁷

¿Es posible un conclusión?

⁵. Por el momento es peligroso debilitar a los Estados nacionales, como lo pretenden los grupos neoliberales más radicales. Por el contrario, hay que fortalecerlos, asegurándose al mismo tiempo de erradicar su corrupción y autoritarismo. En este sentido, las élites políticas tendrían que generar legislaciones modernas, coherentes y flexibles, que coadyuvaran a crear contextos que propiciaran el fortalecimiento de las sociedades civiles, por lo demás muy débiles en América Latina.

⁶. El centro de la discusión sobre la integración no debería ser sólo la cuestión económica, pues ella es un hecho que se profundiza día a día. Más bien, debería ser el debate en torno a las diversas cuestiones políticas, sociales y culturales, en cuyo marco se desarrolla la integración material, la cual a su vez les afecta.

Independientemente del carácter de los mensajes e imágenes mediáticos, globales pero efímeros, ¿cómo crear identidades e imaginarios comunes para los países de América en las condiciones tan extremas de pobreza y marginación, y con el estigma de la devastación realizada por intereses transnacionales y de élites locales? ¿Se trata de crear imaginarios e identidades que permitan la organización de un mundo mediocre y grisáceo, compuesto sólo de alineados productores y consumidores, cuyo núcleo resida en el fetichismo de la mercancía? ¿Se desea la competencia salvaje y el consumismo exacerbado, donde los bienes naturales por excelencia — como el aire, la luz y el silencio— se tornen cada vez más escasos y caros? (Galeano, 1993 : 442-443) No hay que olvidar que la sobreproducción y el consumismo han destruido irremediablemente buena parte del entorno planetario, están sometiendo a una prueba extraordinaria al medio ambiente, y, desde el punto de vista de la variedad cultural, han empobrecido gravemente a la especie.

La integración económica es un hecho incontestable, pero éste no sólo se debe a la idea y voluntad de unos cuantos individuos. Se debe, sobre todo, como acertadamente lo señaló aquel judío alemán hoy denostado y casi olvidado, “... el capital no tiene patria”, ni ética, y mucho menos sentimientos, que son, justamente, los importantes factores que obstaculizan las identificaciones convergentes e inclusivas.

Si realmente se desea profundizar una integración continental por encima del mero interés económico, habría que superar las condiciones de inequidad existentes. Es decir, superando la contradicción sistémica que funciona según el principio de centro-periferia. Bien sabemos que oponer esta visión idealista al realismo pragmático y a-nacional del poder económico —del capital— es una gran utopía en la mente de millones de personas en América Latina y en todo el mundo. Sin embargo, es un sentimiento y una demanda latentes que siempre acotarán al triunfalismo del dinero.

La posible “continentalización” de América, no sólo deber ser impulsada por el voluntarismo político, sino que debe apoyarse en la experiencia histórica de los pueblos. Un imaginario e identidades convergentes no se dan en un contexto donde más bien se han favorecido y se siguen favoreciendo desencuentros y conflictos, como el intervencionismo norteamericano,

⁷. Aun así hay voces discordantes, como la de Péter Nádas, quien argumenta que a Europa se le ha agotado el espíritu de solidaridad. “Junto a las turbias fuentes de las apariencias”. Revista *Humboldt*, número 120. Berlín,

presente en la memoria de millones de latinoamericanos. Quizás en este contexto una sensible y audaz política de la nación canadiense y/o de Quebec, por encima del mero interés económico, podría echar puentes entre Norteamérica y América Latina, intentando superar las identidades antagonistas.

* * *

En fin, tal vez este texto parezca “latinoamericanista” a los ojos del lector. Si es así, debo decir que no pude renunciar al esquema ético por medio del cual cada individuo analiza la realidad. Aun así, debo señalar que no veo el futuro del continente muy brillante: cada vez más personas están en crisis, es decir, forman parte de esa múltiple enfermedad social que presenta un diagnóstico de miseria, ignorancia, marginación y un gran etcétera. Siendo objetivos, tendríamos que reconocer que cada día hay más destrucción y más circo —ahora electrónico— pero menos pan, sobre todo en los países de América Latina. (Martin/Schumann, 1997:239-252)

En esta situación malsana, la posibilidad de propiciar y orientar una “continentalización” integral, así como establecer imaginarios comunes, identidades compartidas y voluntades de acción colectiva, difícilmente se hará realidad.

Referencias:

- Avila, Ricardo. “Elites, región e identidad en el Occidente de México” *Identidades, nacionalismos y regiones*. Guadalajara. Universidad de Guadalajara/Universidad Complutense de Madrid, 1993.
- Barros, Roque de. *Cultura. Um conceito Antropológico*. Río de Janeiro. Jorge Zahar Editor, 1989.
- Bilbao, Francisco de. *Iniciativa de la América*. Cuadernos de Cultura Latinoamericana (CCL), núm. 3. México. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)/Unión de Universidades de América Latina (UDUAL), 1978.
- Bolívar, Simón. *Carta de Jamaica*. CCL, núm. 1. México. UNAM/UDUAL, 1978.
- Cabau, Jacques. *La prairie perdue*. París. Éditions de Seuil, 1981.
- Devereux, George. *Etnopsicoanálisis complementarista*. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1975.
- Eco, Umberto. *La guerre du faux*. París. Éditions Grasset, 1985.
- Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. México. Siglo XXI Editores, 1993.
- Gruzinski, Serge. *La colonización de lo imaginario*. México. Fondo de Cultura Económica (FCE), 1991.
- Guerra, François-Xavier. *México. Del antiguo régimen a la Revolución*. México. FCE, 1988.
- Guevara, Ernesto. *El hombre nuevo*. CCL, núm. 20. México. UNAM/UDUAL, 1978.
- Huntington, Samuel P. “The Clash of Civilizations?” *Foreign Affairs*.. Nueva York, Summer 1993.
- Jornada, La*. Periódico de la ciudad de México.
- Lévi-Strauss, Claude. “Histoire et ethnologie” *Annales E. S. C.* París. núm. 6, año 38, noviembre-diciembre 1983.
- Mariátegui, José Carlos. *¿Existe un pensamiento latinoamericano?* CCL, núm. 34. México. UNAM/UDUAL, 1979.
- Martí, José. *Nuestra América*. CCL, núm. 7. México. UNAM/UDUAL, 1978.
- Martin, Peter-Hans, y H. Schumann. *Le piège de la mondialisation*. París. Solin-Actes Sud, 1997.
- Mattelart, Armand. *La communication-monde*. París. Éditions de la Découverte, 1992.
- Mattelart, Armand. “Inventando la comunicación” (entrevista de Ma. Elena Hernández). *Revista Mexicana de Comunicación*. México. Año 8, núm. 42, 1995-1996, pp. 22-27.
- Minc, Alain. *Le nouveau Moyen Age*. París. Éditions Gallimard, 1993.
- Phelan, John L. *El origen de la idea de América*. CCL, núm. 31. México. UNAM/UDUAL, 1979.
- Ribeiro, Darcy. *La cultura latinoamericana*. CCL, núm. 6. México. UNAM/UDUAL, 1978.
- Siglo 21*. Periódico de la ciudad de Guadalajara.
- Vasconcelos, José. *El pensamiento latinoamericano*. CCL, núm. 21. México. UNAM/UDUAL, 1978.

Zea, Leopoldo. *América Latina: largo viaje hacia sí misma*. CCL, núm. 18. México. UNAM/UDUAL, 1978.